



DIÓCESIS
de
CIUDAD GUAYANA



VICARÍA EPISCOPAL
para la Acción Pastoral
DIÓCESIS DE CIUDAD GUAYANA

Semana *Santa* 2021

DOMINGO
4 ABRIL

**Caminamos con el
Resucitado como los
*Discípulos de Emaús***



CAMINAMOS CON EL RESUCITADO COMO LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

(Preparémonos como familia para caminar espiritualmente junto a Jesús Resucitado como lo hicieron los dos discípulos de Emaús, abrirle nuestras casas y nuestros corazones).

ORACIÓN

Dios Padre, que, por medio de tu Hijo Único, vencedor de la muerte, nos has abierto hoy las puertas de la vida eterna, concede a quienes hoy celebramos la solemnidad de la Resurrección del Señor, resucitar también con Él a la vida eterna por medio de tu Santo Espíritu. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Realicemos una lectura lenta y pausada, saboreando cada palabra para una mejor comprensión del texto a meditar. Podemos imaginar cada una de las escenas, como si de una película se tratase, siendo cada uno de nosotros ese discípulo de Emaús que no tiene nombre en el texto bíblico.

*Leemos el encuentro de los Discípulos de Emaús con Jesús Resucitado en el **Evangelio de San Lucas (Lc 24,13-35)***

¹³ Aquel mismo día, dos de ellos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, que está a unos diez kilómetros de Jerusalén. ¹⁴ En el camino conversaban sobre todo lo sucedido.

¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo.

¹⁷ Él les preguntó: —¿De qué van conversando por el camino?

Ellos se detuvieron con rostro afligido, ¹⁸ y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: —¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?

¹⁹ Jesús preguntó: —¿Qué cosa?

Le contestaron: —Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹ ¡Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto. ²² Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado; ellas fueron de madrugada al sepulcro, ²³ y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándoles que él está vivo. ²⁴ También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.

²⁵ Jesús les dijo: —¡Qué duros de entendimiento!, ¡cómo les cuesta creer lo que dijeron los profetas!

²⁶ ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?

²⁷ Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él.

²⁸ Se acercaban al pueblo adonde se dirigían, y él hizo ademán de seguir adelante. ²⁹ Pero ellos le insistieron: —Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día se acaba.

Entró para quedarse con ellos; ³⁰ y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

³² Se dijeron uno al otro: —¿No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?

³³ Se levantaron al instante, volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once con los demás compañeros, ³⁴ que afirmaban: —Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Hacemos un momento de silencio recordando lo que leímos o escuchamos y profundizando aquello que más nos llamó la atención (un par de minutos).

Esta meditación la vamos a hacer en cinco momentos, en los que vamos a leer nuevamente un trozo del texto y vamos a ir reflexionando el camino de encuentro con el Resucitado que hicieron los dos discípulos de Emaús y que hizo florecer su fe.

(Las reflexiones bíblicas que se presentan en esta propuesta se toman del libro “Con el corazón en ascuas. Meditaciones sobre la vida eucarística” de Henry Nouwen. Editorial Salterae. Colección Salterae Breve)

PARTE 1 - Lc 24, 13-24

Salida de Jerusalén, huidas y pérdidas

Leemos nuevamente el texto:

¹³ Aquel mismo día, dos de ellos iban a un pequeño pueblo llamado Emaús, que está a unos diez kilómetros de Jerusalén. ¹⁴ En el camino conversaban sobre todo lo sucedido.

¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo.

¹⁷ Él les preguntó: —¿De qué van conversando por el camino?

Ellos se detuvieron con rostro afligido, ¹⁸ y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: —¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?

¹⁹ Jesús preguntó: —¿Qué cosa?

Le contestaron: —Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ²⁰ Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹ ¡Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de

Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto. ²² Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado; ellas fueron de madrugada al sepulcro, ²³ y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándoles que él está vivo. ²⁴ También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.

Pistas de reflexión

Dos personas caminan juntas. Por su manera de andar se ve que no son felices: la cabeza gacha, los hombros hundidos, el paso cansado... ni siquiera se miran el uno al otro. Discuten. De vez en cuando, uno de ellos dice algo, pero sus palabras no van dirigidas a nadie y se desvanecen en el aire como sonidos inútiles. Aunque siguen un camino ya trazado, no parecen tener ninguna meta. Regresan a su hogar; pero el hogar ya no es hogar. El hogar se ha convertido en vacío, desilusión, desesperación... Apenas podían imaginar que solo unos años atrás habían conocido a alguien que les había cambiado su vida, alguien que ya no era rutina sino vitalidad. Ellos habían abandonado su pueblo para seguirlo y junto con él y sus amigos habían aprendido la realidad del perdón, de la reconciliación y del amor. Ese extrañamiento de Nazaret había dado sentido a sus vidas, los había hecho descubrir su identidad, eran felices y su vida era un éxito. Pero ahora había muerto. Su cuerpo que irradiaba luz, había sido destrozado por las manos de sus torturadores. Todo había quedado en nada. Le habían perdido, y no solo le habían perdido a él, sino que juntamente con él, se habían perdido a sí mismos; y por eso regresaban a Emaús, a lo conocido, pero que ya no tenía sentido. Estaban perdidos, estaban huyendo.

¿Y nosotros? ¿No estamos a veces también perdidos? Hemos perdido tanto a lo largo de nuestras vidas. Pensemos en nuestras pérdidas. ¿Qué hacemos con ellas? ¿Tratamos de ignorarlas? ¿Seguimos viviendo como si no fueran reales? ¿Se las ocultamos a los que nos acompañan en el camino? ¿Tratamos de convencerlos o de convencernos que nuestras pérdidas son poca cosa en comparación con nuestras ganancias? ¿Culpamos a alguien de ellas? Casi siempre hacemos algo de esto, pero también nos lamentamos. Lamentarse y afligirse por las pérdidas no es malo, porque así experimentamos nuestra dolorosa imperfección, el abismo de nuestra propia vida que está en constante movimiento y cambio. Pero en medio de todo ese dolor se alza una voz reamente extraña y llamativa. Es la voz del que dice: “Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados”. Esta es la inesperada noticia: nuestra aflicción encierra una bendición oculta.

Ese otro que camina conmigo y que me pregunta qué me pasa. Está interesado en mí, quiere escucharme... y entonces es cuando yo le digo como ellos “Nosotros esperábamos... pero hemos perdido la esperanza, y en su lugar han sobrevenido la tortura y la muerte”.

Meditemos

Ahora, como familia compartamos o en silencio reflexionemos las siguientes preguntas:

1. ¿Cuál es mi Jerusalén? (de que huyo).
2. ¿Cuál es mi Emaús? (cuáles son las comodidades a las que quiero volver)
3. ¿Qué espero de Jesús? ¿Qué quiero que haga por mí? (cuáles son mis expectativas con él).

PARTE 2 - Lc 24, 25-27

Discernir la presencia de Dios

Leemos nuevamente el texto:

²⁵ Jesús les dijo: —¡Qué duros de entendimiento!, ¡cómo les cuesta creer lo que dijeron los profetas!

²⁶ ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?

²⁷ Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él.

Pistas de reflexión

Mientras los dos viajeros caminan hacia su casa lamentando lo que han perdido, Jesús se acerca y se pone a caminar junto a ellos; pero sus ojos son incapaces de reconocerlo. Ya no hay dos, sino tres personas caminando. Los dos ya no miran al suelo, sino que miran a los ojos de ese extraño que les pregunta, que se interesa por lo que les pasa, ese extraño que escucha. Ese alguien que está dispuesto a escuchar sus palabras de desilusión, de tristeza y de desconcierto. Es mejor contárselo a un extraño, que repetirse el uno al otro la historia harta conocida.

De pronto algo nuevo ocurre, quien venía atento escuchándolos comienza a hablar, diciendo palabras muy claras y directas. Les habla de cosas que ya ellos conocen, de Moisés que condujo al pueblo a la libertad, de los profetas que exhortaron al pueblo a no perder la libertad tan ardua y costosamente obtenida. Les contaba una historia absolutamente conocida, pero que les sonaba como nueva. La diferencia estribaba en el narrador. Un desconocido, que a saber de dónde habrá salido, pero que narra esa historia tan conocida con una convicción y autoridad excepcional. Toda la pérdida, el dolor, la culpa, el miedo, las fugaces esperanzas... todo ha sido recogido por el desconocido e insertado en una historia mucho más amplia que la de ellos. Lo que parecía tan confuso ahora tiene nuevos horizontes. Lo que parecía tan triste ha comenzado a tener un carácter gozoso. A medida que él les habla ellos van comprendiendo que sus pequeñas vidas forman parte de un gran misterio que no solo incluye las innumerables generaciones pasadas, sino que trasciende los límites del tiempo y se extiende hacia la eternidad.

El desconocido no ha dicho que no hubiera razón para estar tristes, sino que su tristeza formaba parte de una tristeza mayor, en la que se ocultaba la alegría. El desconocido no ha dicho que la muerte que ellos lamentaban no fuera real, sino que era una muerte que daba paso a una mayor vida, a una vida verdadera. El desconocido no ha dicho que no hubieran perdido a un amigo que les había dado un nuevo coraje y una nueva esperanza, sino que esta pérdida iba a hacer posible una relación muy superior a la de cualquier amistad de la que jamás hubieran gozado. El desconocido nunca ha negado lo que ellos le habían contado; al contrario, lo ha afirmado como parte de un acontecimiento mucho más amplio en el que se les ha permitido interpretar un papel único.

En esta narración el desconocido se ha mostrado enérgico, directo y nada sentimental. No les ha ofrecido un consuelo fácil. Ellos que en su lamento tomaban la salida fácil para no afrontar la realidad. El desconocido les dice: “Qué necios y torpes para creer”. Necio es una palabra dura, una palabra que ofende y nos hace ponernos a la defensiva; pero también es una palabra capaz de atravesar nuestra coraza de miedo y de timidez y hacernos comprender de un modo totalmente distinto de lo que es ser humano. Es una llamada a despertar, a quitarnos la venda de los ojos, a derribar nuestros inútiles dispositivos protectores. Torpes para creer, torpes para confiar en las cosas que son más que apariencia; torpes para elevarse por encima de sus interminables quejas y descubrir la amplísima gama de nuevas posibilidades, torpes para ir más allá del dolor del momento y verlo como parte de un proceso de curación más amplio. Alguien hace arder su corazón. Jesús se une a nosotros mientras caminamos llenos de tristeza, y nos explica las escrituras. Pero no sabemos que es Jesús. Pensamos que es un extraño que sabe menos aún que nosotros sobre lo que ocurre en nuestras vidas. Más tarde, mucho más tarde, cuando todo haya terminado, quizá podamos decir: “¿No estaba nuestro corazón ardiendo mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Pero cuando él camina con nosotros, todo resulta demasiado íntimo como para que podamos reflexionar.

Meditemos

Ahora, como familia compartamos o en silencio reflexionemos las siguientes preguntas:

1. ¿He sentido la necesidad de Dios en mi vida?
2. ¿En qué momentos de mi vida he sentido la necesidad de Dios?
3. ¿Cómo siento que Dios transforma mi tristeza, mis aflicciones y mis dolores?

PARTE 3 - Lc 24, 28-29

Invitar al caminante, dar el corazón

Leemos nuevamente el texto:

²⁸ Se acercaban al pueblo adonde se dirigían, y él hizo ademán de seguir adelante. ²⁹ Pero ellos le insistieron: —Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día se acaba.

Entró para quedarse con ellos;

Pistas de reflexión

A medida que escuchan al desconocido, algo cambia en los dos tristes viajeros. No solo sienten que una nueva esperanza y una nueva alegría invaden lo más profundo de su ser, sino que su caminar se ha hecho menos vacilante. El desconocido ha dado un nuevo sentido a su marcha. “Ir a casa” ya no significa regresar a único lugar posible. La casa se ha convertido en algo más que un refugio necesario, en algo más que un lugar en el que quedarse mientras no sepan qué otra cosa pueden hacer. El desconocido ha dado a su viaje un nuevo significado. Su casa se ha convertido en lugar de acogida, en lugar donde recibir invitados, en lugar donde proseguir la conversación que tan inesperadamente habían iniciado.

De todas las palabras que dijo el desconocido, hay una que permanece en la mente de los viajeros: “Gloria” ... “¿No tenía el Mesías”, había dicho el desconocido, “que padecer todo esto para entrar en su gloria?” Sus corazones y sus mentes estaban todavía ocupados por las imágenes de muerte y destrucción. Y de pronto suena la palabra “Gloria”, que no parecía encajar en todo lo ocurrido y que, sin embargo, pronunciada por el desconocido, hizo arder sus corazones y les permitió contemplar lo que hasta entonces no habían sido capaces de percibir. Ir a casa se había convertido en algo bueno. El hogar nos llama. El hogar es donde está la mesa alrededor de la cual nos sentamos a comer y a beber con los amigos.

¿Y el desconocido? ¿No se ha convertido en un amigo? Ha hecho arder nuestros corazones y ha abierto nuestros ojos y nuestros oídos. Es nuestro compañero de viaje. La casa se ha convertido en un buen lugar para que venga el amigo. Por eso le dicen: “Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va de caída”. Él no ha pedido ser invitado; él no ha pedido un lugar donde quedarse. De hecho, pareciera que quisiera seguir adelante, son ellos quienes le insisten que se queden. Jesús no impone su presencia.

Invitar a la casa, es una expresión del deseo de una relación duradera. Sólo invitando al otro a “venir y quedarse” puede un encuentro interesante convertirse en una relación transformadora. Jesús es una persona interesante, sus palabras están llenas de sabiduría. Su presencia reconforta el ánimo. Su delicadeza y amabilidad son conmovedoras. Su mensaje resulta un verdadero desafío. Pero, ¿le invitamos a nuestra casa? ¿Queremos que venga a conocernos entre las paredes de nuestra vida más personal e íntima? ¿Deseamos presentárselo a todas las personas con quienes vivimos? ¿Permitimos que nos vea tal como somos en nuestra vida diaria? ¿Estamos dispuestos a dejarle tocar nuestros puntos más vulnerables? ¿Le permitimos entrar en el “*sancta sactorum*” de nuestra casa, en ese lugar que nos esforzamos por mantener cerrado? ¿Queremos realmente que se quede con nosotros cuando anochece y el día toca su fin?

Meditemos

Ahora, como familia compartamos o en silencio reflexionemos las siguientes preguntas:

1. ¿Quiero abrir mi corazón para encontrarme con Jesús?
2. ¿A qué partes y momentos de mi vida le digo hoy a Jesús que entre?
3. ¿Cómo me siento al darme cuenta que Jesús está conmigo?

PARTE 4 - Lc 24, 30-32

Entrar en comunión, ejercitarse en la caridad

Leemos nuevamente el texto:

³⁰ y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

³¹ Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

³² Se dijeron uno al otro: —¿No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?

Pistas de reflexión

Cuando Jesús entra en a casa de sus discípulos, ésta se convierte en su casa. El invitado se convierte en anfitrión. El que ha sido invitado es ahora el que invita. Los dos discípulos que confiaron en el extraño hasta el punto de permitirle acceder a su mundo más íntimo son ahora conducidos a la intimidad de su anfitrión. “Y mientras estaba con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio”. Así de simple, de cotidiano, de obvio... y, sin embargo, así de diferente.

Cada vez que invitamos a Jesús a nuestras casas, es decir, a nuestras vidas con todas sus luces y sombras, y le ofrecemos el lugar de honor en nuestras mesas, Él toma el pan y el cáliz y nos los ofrece diciendo “Tomen y coman, esto es mi cuerpo. Tomen y beban, esta es mi sangre. Hagan esto en memoria mía” ¿Nos sorprendemos? La verdad es que no. ¿No estaba nuestro corazón ardiendo mientras nos hablaba de camino? ¿No sabíamos que ya no era un extraño para nosotros? ¿No éramos ya conscientes de que aquel a quien nuestros dirigentes habían crucificado estaba vivo y en medio de nosotros? ¿No habíamos visto ya cómo tomaba el pan, lo bendecía, lo partía y nos lo daba?

Jesús es Dios-para-nosotros, Dios-con-nosotros, Dios-dentro-de-nosotros. Jesús es Dios entregándose por completo, derrochando su vida por nosotros sin ningún tipo de reserva. Jesús no se guarda nada ni se aferra a lo que posee. Da todo lo que tiene a manos llenas. En Jesús, Dios quiere, no solo enseñarnos, instruirnos o inspirarnos, sino hacerse uno con nosotros. Dios desea estar completamente unido a nosotros para que todo su ser y el nuestro puedan fundirse en un amor eterno. Por eso Jesús toma el pan, lo bendice y nos lo da. Y en ese momento, cuando vemos el pan en nuestras manos y lo llevamos a nuestra boca para comerlo, entonces se abren nuestros ojos y le reconocemos.

Hay una frase del relato de Emaús que nos lleva directamente al misterio de la comunión... “lo reconocieron; pero él desapareció de su vista” En el mismo momento en que los dos de Emaús le reconocen en la fracción del pan, él ya no está con ellos. Cuando él les da el pan para que lo coman, ellos ya no le ven sentado a la mesa. Cuando ellos comen, él se ha vuelto invisible. Cuando ellos entran en la más íntima comunión con Jesús, el desconocido convertido en amigo, ya no está con ellos. Precisamente cuando se les hace más presente es cuando está ausente.

Los dos discípulos que iban de camino a Emaús le habían escuchado durante muchas horas, habían caminado con él de aldea en aldea, le habían ayudado a predicar, habían descansado y comido con él. Durante un año, él había sido su maestro, su guía, su Señor. Todas sus esperanzas de un futuro nuevo y mejor estaban centradas en él. Sin embargo... no habían conseguido conocerle, no le habían comprendido del todo. Él les había dicho muchas veces: “Ahora no comprenden, ya lo comprenderán más tarde” Realmente no sabían lo que trataba de decirles. Ellos creían estar más cerca de él que de ninguna otra persona a la que hubieran conocido. Sin embargo, él no dejaba de decirles: “Les digo esto ahora... para que después, cuando ya no esté con ustedes, lo recuerden y lo comprendan” Incluso les había dicho un día que convenía que él se fuera para que pudiera venir su Espíritu, quien les guiaría a una plena intimidad con él. Su Espíritu les abriría los ojos y les haría comprender perfectamente quién era él y por qué había venido a estar con ellos.

Cuando comen el pan que Él les da, y ellos lo reconocen, comprenden en lo más hondo de su espíritu que ahora él habita en lo más profundo de su ser, que respira en ellos, que habla en ellos, que vive realmente en ellos. Cuando comen el pan que él les ofrece, sus vidas se transforman en la vida de Él. Ya no son ellos los que viven, sino que es Jesús, el Cristo, quien vive en ellos. Y precisamente, en ese sagrado momento de comunión, él desaparece de su vista.

Meditemos

Ahora, como familia compartamos o en silencio reflexionemos las siguientes preguntas:

1. ¿Estoy dispuesto(a) a seguir el camino de conocer mejor a Jesús?
2. ¿Cómo pienso vivir a Jesús dentro de mi familia, de mi comunidad?
3. ¿Luego de conocer a Jesús, cómo pienso ejercitarme en la caridad?

PARTE 5 - Lc 24, 32-35

Ir a la misión

Leemos nuevamente el texto:

³³ Se levantaron al instante, volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once con los demás compañeros, ³⁴ que afirmaban: —Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Pistas de reflexión

TODO ha cambiado. Las pérdidas ya no son experimentadas como algo que debilite; la casa ya no es un lugar vacío. Los dos caminantes, que iniciaron su viaje con los rostros abatidos por la tristeza, se miran ahora con ojos llenos de una nueva luz. El extraño, que acabó convirtiéndose en amigo, les ha entregado su espíritu, el espíritu divino de alegría, paz, valor, esperanza y amor. Ya no hay duda: ¡él está vivo!, pero no como antes, no como el fascinante predicador y hacedor de milagros

de antes, sino como un nuevo aliento dentro de ellos. Los dos de Emaús se han transformado en personas nuevas. Se les ha dado un nuevo corazón y un nuevo espíritu. También ellos se han hecho amigos el uno del otro de una nueva manera: ya no son personas que se ofrecen consuelo y apoyo recíprocos mientras lloran por lo que han perdido, sino personas con una nueva misión y que tienen algo que decir, algo importante, algo urgente, algo que no puede permanecer oculto, algo que debe ser proclamado.

Los demás necesitan saber, porque también ellos habían puesto en él todas sus esperanzas. Los demás son los once que habían cenado con él la noche antes de que muriera; y son también los discípulos, hombres y mujeres, que habían estado con él durante años. Todos ellos necesitan saber qué es lo que les ha ocurrido. Necesitan saber que no ha terminado todo. Necesitan saber que él está vivo y que ellos le han reconocido cuando partió el pan y se lo dio. No hay, pues, tiempo que perder. «Apresurémonos», se dicen el uno al otro. E inmediatamente se calzan las sandalias, se cubren con el manto, toman el cayado y emprenden sin tardanza el camino de vuelta para reunirse de nuevo con sus amigos, para regresar junto a quienes quizá no sepan todavía que las mujeres tenían razón cuando dijeron haber oído a los ángeles que él estaba vivo. El relato lo resume con muy pocas palabras: «Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén».

¡Qué diferencia entre el modo en que volvían a casa y su apresurado regreso a Jerusalén...! Es la diferencia entre la duda y la fe, entre la desesperación y la esperanza, entre el miedo y el amor. Es la diferencia entre dos seres humanos desalentados que poco menos que se arrastraban por el camino y dos amigos que caminan a toda prisa, incluso a veces corriendo, entusiasmados por la noticia que tienen que dar a sus amigos.

Volver a la ciudad no deja de ser peligroso. Tras la ejecución de Jesús, sus discípulos están paralizados por el miedo, sin saber lo que les espera y los enemigos aun asechando. Pero, una vez que han reconocido a su Señor, el miedo se esfuma, y ellos se sienten libres para dar testimonio de la resurrección... el Señor resucitado, presente en lo más profundo de su ser, les ha llenado de un amor más fuerte que la muerte.

Le hemos reconocido, sí; pero el reconocimiento no es sólo para saborearlo nosotros solos ni para mantenerlo en secreto. Al igual que María Magdalena, también los dos amigos han escuchado muy dentro de sí las palabras «Id y contadlo». El final no es la comunión con Jesús, sino la misión, el ir a los demás a anunciarles lo maravilloso que es encontrarse con el Resucitado.

Lo que hemos visto y oído no es para nosotros solos. Es para los hermanos y hermanas y para todos quienes estén dispuestos a recibirlo. Vayan, no se demoren, no esperen, no duden; pónganse en camino ahora mismo y regresen a los lugares de los que vinieron, y hagan que aquellos a quienes dejaron escondidos y llenos de miedo sepan que no hay nada que temer, que Él ha resucitado verdaderamente».

Es importante darse cuenta de que la misión es, ante todo, una misión referida a quienes no nos son ajenos, es para quienes nos conocen y, al igual que nosotros, han oído hablar de Jesús, pero se han desanimado. Evidentemente, la misión es, ante todo, para nosotros mismos, para nuestra familia, para nuestros amigos y para quienes son parte importante de nuestras vidas. Comprender esto no es nada cómodo: siempre nos resulta más difícil hablar de Jesús con quienes nos conocen íntimamente que con quienes no conocen nuestra «peculiar forma de ser» o de vivir. Sin embargo, hay en todo ello un gran desafío: de algún modo, la autenticidad de nuestra experiencia es puesta a prueba por nuestros padres, nuestras esposas y esposos, nuestros hijos, nuestros hermanos y hermanas...; por todos aquellos que nos conocen bien.

Pero hay algo más. A los emocionados compañeros que, corriendo y ansiosos de dar la noticia, llegaron al lugar donde estaban reunidos sus amigos, les aguarda una gran sorpresa: ¡Ya lo saben! La buena noticia que ellos traen ya no es nueva en absoluto. Antes incluso de tener la oportunidad de contar su historia, los once y sus compañeros dicen: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!». Lo que queremos anunciar ya está en el corazón de mis hermanos, entonces, el Resucitado nos llama a compartir las experiencias que hemos tenido con Él, porque ha sido distinto cómo se apareció a la Magdalena, cómo se apareció a los de Emaús, cómo se apareció en el cenáculo. Todos hemos tenido experiencias distintas, pero con el mismo Resucitado...

Meditemos

Ahora, como familia compartamos o en silencio reflexionemos las siguientes preguntas:

1. ¿Estoy dispuesto(a) a hablar con mis más cercanos del encuentro que he tenido con Jesús Resucitado?
2. ¿Siento el valor que me da el propio Jesús para anunciar su mensaje dentro de mi propia familia aun cuando crea que ellos no me entienden?
3. ¿Soy consciente que yo no llevo a Jesús, sino que Él está en el corazón de todas las personas?

Cerramos nuestra oración recitando el Salmo 117

R.// Éste es el día del triunfo del Señor. Aleluya

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna. Diga la casa de Israel: “Su misericordia es eterna”. **R.//**

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es nuestro orgullo. No moriré, continuaré viviendo para contar lo que el Señor ha hecho. **R.//**

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. **R.//**

REGINA COELI

L: Reina del cielo, Alégrate, Aleluya.

R: Porque Cristo a quien mereciste llevar en tu seno, Aleluya.

L: Ha resucitado según predijo, Aleluya.

R: Ruega por nosotros a Dios, Aleluya.

L: Gózate y Alégrate Virgen María, Aleluya.

R: Porque Resucitó Verdaderamente el Señor, Aleluya.

ORACIÓN

Oh Dios, que por la Resurrección de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, te has dignado dar alegría al mundo, concédenos que por su Madre, la Virgen María, alcancemos el gozo de la Vida Eterna. Por el mismo Cristo Nuestro Señor.

T: Amén.

V.// El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R.// Amén.

*Finalizamos nuestro encuentro con la **Oración a San José***



Oración a San José

Glorioso san José, esposo fiel de María y padre amoroso de Jesús, asístenos propicio desde el cielo en estos momentos de tanta calamidad y angustias. Ponemos en tus manos a nuestras familias, ayúdanos a caminar con integridad, a amarnos, respetarnos y perdonarnos; que nunca falte el pan en nuestra mesa, ni la fe en nuestros corazones.

Fortalece a los más pobres y débiles, y danos un corazón lleno de misericordia y valentía para construir una auténtica fraternidad. Asiste a los enfermos y agonizantes; protégenos de esta terrible pandemia que estamos viviendo.

Condúcenos, san José, por el camino de la vida; líbranos del poder del mal, para que al final de nuestra vida podamos gozar contigo de la felicidad eterna.

Amén.

Diócesis de Ciudad Guayana, marzo 2021



DIÓCESIS
de
CIUDAD GUAYANA

www.diocesisdecidadguayana.org.ve

    DiocesisDCG

Semana
Santa
2021